

# A PROPOSITO DE UN LIBRO RECIENTE DE HISTORIA ECONOMICA VENEZOLANA\*

Alvaro Jara  
Departamento de Estudios Humanísticos  
Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas,  
Universidad de Chile

Los historiadores de nuestra época estamos trabajando en la búsqueda de las grandes líneas del desarrollo de la Historia de América, grandes líneas que sean capaces de conducirnos a una comprensión integral y vertebrada de su pasado. En esta búsqueda, cada región es importante en su individualidad, en su originalidad. Debemos indagar igualmente las líneas comunes que las identifican con los otros componentes, las diversas regiones de la realidad hispanoamericana. Rasgos particulares y también rasgos generales.

Cuando Fernand Braudel habla de la responsabilidad de América, a propósito de la exportación de metales preciosos americanos a España y al viejo continente, lo hace como historiador europeo, pensando en la economía de Europa y sus cambios. Nosotros, a la inversa, pensamos en la responsabilidad de España. Es el ángulo opuesto del problema, que corresponde examinar a los historiadores americanos, ángulo que difícilmente podría ser el centro visual, el énfasis del interés de los historiadores europeos.

La responsabilidad de España incide en su modelo de colonización, en el funcionamiento trisecular de su sistema imperial. Este ángulo propio nuestro lo vemos en ese sentido: la estructuración de la sociedad ameri-

---

\* Este artículo forma parte del esquema de un libro que el autor está preparando sobre *La nueva historiografía económica de América Latina*. Ha contado para ello con la valiosa ayuda de becas de trabajo de la John S. Guggenheim Memorial Foundation y del Social Sciences Research Council de los Estados Unidos.

cana, a partir del siglo XVI, como resultante directa y compulsiva de la obra conquistadora y colonizadora de España. Lo repetimos, la responsabilidad de España, acción expansiva y dominadora que imprime su propio sello sobre el continente, que modela una sociedad, la cual mantiene su arquitectura señorial en la larga duración —en sus trazos esenciales— durante tres o cuatro siglos.

Los historiadores europeos suelen ver, y ven por lo general, a la Historia de América en función de la Historia de ellos. La posición, la propia perspectiva, condicionan el pensamiento, hacen difícil el salto por sobre el Atlántico. Ponerse una piel latinoamericana no es muy simple. Pensar los problemas de América desde el interior mismo nuestro, como un requisito necesario a la comprensión de ellos, sentirlos en profundidad, no verlos con los ojos de un viajero. Es claro que el historiador americano, a su vez también precisa salir de una mera visión interna para hacer la indispensable unión con el marco imperial y de éste con el general, para poder fundir las partes en el total.

Hay libros que producen satisfacción, que enseñan, que nos traen aquello que estábamos esperando. Es el caso del libro de Miguel Izard.<sup>1</sup> Historia moderna, de nuestros tiempos, historia no tradicional. Más todavía, un español que escribe y siente como un latinoamericano, capaz de hacer su construcción de este lado del Atlántico. Esta España nueva hacía tiempo que se estaba anunciando y es muy grato ver sus frutos, que nos acercan y crean lazos de mutua comprensión.

Sin embargo, no existe el surgimiento espontáneo. Esta generación actual tiene sus antecedentes, nobles antecedentes.

Hagamos una breve reflexión sobre ello. Ha estado presente, y muy largamente, la reciedumbre intelectual y moral de un don Ramón Carande (generalmente no utilizó este tradicional título de auténtico señor, pero con él es imperativo hacerlo). Sus libros abrieron un venero incultivado en España, mostraron caminos a recorrer a los más jóvenes. Es la fuerza direccional de los maestros, que crean hitos transformadores y proyectan la disciplina hacia el futuro.<sup>2</sup>

---

1. Miguel Izard, *El miedo a la revolución. La lucha por la libertad en Venezuela (1777-1830)*. Editorial Tecnos, Madrid, 1979. Otras publicaciones del autor, conexas con el tema: *El café en la economía venezolana del XIX. Estado de la cuestión*, en *Estudios*, Valencia (España), 1, 1973; *La agricultura venezolana en una época de transición. Boletín Histórico*, 28, Caracas, 1972; *Comercio libre, guerras coloniales y mercado americano*, en J. Nadal y G. Tortella, eds., *Agricultura, comercio colonial y crecimiento económico en la España contemporánea*, Editorial Ariel, Barcelona, 1974, y *Periodo de la Independencia y la Gran Colombia, en Política y economía en Venezuela, 1810-1976*, Fundación John Boulton, Caracas, 1976.

2. Hace casi veinte años tuve el privilegio de ser recibido por don Ramón en su casa en Sevilla. Fue una tarde de lecciones y para recordar. Su sencillez, su cordialidad, tenían que sorprender al entonces joven historiador latinoamericano, que era acogido sin ceremonias por el maestro, tan distinto a los de la propia tierra, pero mucho más importante. Tiempo antes le había remitido algunas modestas separatas de trabajos iniciales. Su saludo fue: «Aquí tengo sus publicaciones. Las he conservado en mi biblioteca». Y añadió con una sonrisa: «No crea que guardo todo lo que recibo. Lo hago sólo cuando

Es preciso señalar —del mismo modo— la acción de Vicens Vives. Su escuela, en la que se formó Izard, como lo recalca Sergio Bagú en el *Prólogo* con que se inicia el libro, en cuanto corriente está inserta en un período de renacimiento cultural español, que precede a los grandes cambios actuales. Está compuesta por un grupo numeroso de historiadores, que trabajan en nuevos derroteros y buscan horizontes adecuados a la historia de nuestro tiempo, adecuados a la manera de concebir y hacer la historia actual, que a falta de mejor etiqueta —o probablemente por no desearla de ninguna manera— podríamos llamarla historia no tradicional. La verdad es que las etiquetas y las modas nos producen pavor. Todas son pasajeras y no resisten la marcha del tiempo. Volveremos sobre esta idea.

Hay que agregar otros elementos. Ahogados durante años, largos años, los jóvenes historiadores españoles (y también algunos mayores), buscaron su inspiración en aires más puros, del otro lado de los Pirineos.

Había que buscar otras líneas y otros métodos de trabajo en el oficio, ver España, América, el Imperio, en otro marco. Creemos que la escuela de los *Annales*, su irradiación, ha tenido una influencia marcada y constituye un factor de gran importancia formativa en el ambiente histórico profesional español, como también en el latinoamericano, donde la superación del subdesarrollo es más lenta, y también menos crítica, desde el punto de vista de la propia identidad intelectual.

El *Mediterráneo* de Braudel,<sup>3</sup> los numerosos ensayos y la *Catalogne* de Vilar<sup>4</sup> más otros varios libros sobre la historia de España realizados por diversos seguidores de la escuela de los *Annales* en Francia, creemos que han conducido a esta nueva y joven generación de historiadores españoles a una obligada y distinta reflexión sobre su pasado. Un hecho bastante significativo es que en las *I Jornadas de Metodología aplicada de las Ciencias Históricas*, realizadas en la Universidad de Santiago de Compostela en abril de 1973, participara una gruesa delegación francesa. Sólo en el volumen III, *Metodología de la Historia Moderna, Economía y Demografía*<sup>5</sup> aparece una docena de trabajos de autores franceses.

---

me gusta». Esas frases de aliento me han reconfortado muchísimas veces. Posteriormente traté de conseguir que viniese a Chile para que enseñara entre nosotros, aunque fuese temporalmente, y también para que pudiese salir de la oscura España de esa época, pero sus raíces no se lo permitieron.

3. Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, 2.<sup>o</sup> ed., 2 vols., Armand Colin, París, 1966.

4. Pierre Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne Moderne*, 3 vols., S.E.V.P.E.N., París, 1962.

5. Universidad de Santiago de Compostela, 1975. El esfuerzo español por la Historia Económica, por equipararse con las tendencias actuales de la disciplina, lo acredita también la realización del Primer Coloquio de Historia Económica de España (Barcelona, 11-12 de mayo de 1972). Este tuvo lugar bajo el doble patrocinio de Ramón Carande y de Pierre Vilar, convocado por G. Anes, J. Fontana, E. Giralt, J. Nadal, F. Ruiz Martín, P. Schwartz y G. Tortella, que «coincidentes en la idea de que había llegado la hora de sancionar la mayoría de edad de una disciplina —la Historia Económica— que en España ha contado siempre con individualidades destacadas, pero que hasta hace poco más de un decenio no ha alcanzado un *status* reconocido y, lo que es más importante, un desarrollo intenso». En J. Nadal y G. Tortella (eds.), cit. en nota 1.

Ya lo había reconocido mucho antes Jaime Vicens en la *Introducción* de la *Historia de España y América*,<sup>6</sup> refiriéndose a la importancia del IX Congreso Internacional de Ciencias Históricas, celebrado en París en 1950. Destaca allí expresamente que la nueva forma de hacer la Historia «no podía dejar de cautivar a los historiadores españoles que en aquella circunstancia, después de catorce años de quehacer solitario, se reintegraron al laboreo común».

La preocupación primordial de Vicens Vives, como historiador, se orienta a la reivindicación del hombre común (el olvidado en la historia tradicional y factual), preocupación básica de incluir en toda su magnitud en el nuevo hacer a este hombre común, sin rostro e identidad propias, que es, en el fondo, el que verdaderamente forja la Historia desde su anonimato, hombre común que deja más huellas y testimonios colectivos que individuales. Por ello, enuncia sus propósitos y los de la escuela histórica catalana, que buscando «relación con otros grupos universitarios alentados por la misma fe, decidió planear una Historia de España en donde se pasara revista a la totalidad de la vida del hombre común». Agregaremos que es la nueva historia de lo colectivo, el auténtico hacer actual, la Historia apropiada a nuestra época. Pero, caso interesante, con el transcurrir del tiempo y como signo evidente de madurez, también han surgido voces con reparos, y no de poca monta.

Al mencionar este signo de madurez reflexiva, estamos pensando en el artículo de Josep Fontana *Ascens i decadència de l'escola dels «Annales»*,<sup>7</sup> concebido en términos extraordinariamente fuertes.

A su juicio, «los miembros de la escuela (de los *Annales*) no nos han hablado casi nunca de teoría, de los problemas fundamentales que comporta el estudio de la evolución de las sociedades humanas, sino de métodos, de instrumental de análisis e investigación.»

Reconoce Fontana la poderosa influencia de Marc Bloch y de Lucien Febvre como renovadores y encauzadores de una corriente crítica contra la historia tradicional, con el énfasis marcado en el carácter de ciencia que posee la historia «y la aceptación de una teoría de la historia, con unos métodos y unas leyes propias». Otra virtud de la escuela, inspirada por Febvre, es la ampliación, la incitación a utilizar no sólo la documentación consagrada por la historia tradicional, sino otros tipos de testimonios antes despreciados; pero aún más lejos, todo aquello no escrito que pueda servir para reconstituir la acción de los hombres en el tiempo. Celebra también la política de los *Annales* «de abrir puertas y ventanas a la colaboración con otras disciplinas vecinas, para así ayudar a una renovación

---

6. Jaime Vicens Vives, *Historia de España y América*, 5 vols., Barcelona, 1961. La trascendencia de su obra y del peso de ella en la moderna historiografía española y extranjera contemporánea se manifiesta en los volúmenes del *Homenaje a Jaime Vicens Vives*, Barcelona, 1967, que le fue dedicado después de su desaparición.

7. Josep Fontana, *Ascens i decadència de l'Escola dels «Annales»*, en *Recerques*, 4, Barcelona, 1974.

total de los métodos de trabajo del historiador». Y continúa: «No quisiera minimizar la importancia de esta influencia, ni sería justo que lo hiciera, siendo deudor, como lo soy, de los fundamentos de mi propia formación. Pero me parece que es preciso señalar, a la vez, que los *Annales* no van a aportar, junto a este enriquecimiento metodológico, una renovación teórica similar.»

Pero hay —sigue Fontana— sin embargo, a pesar de los grandes aportes, entre los que está el *Mediterráneo* de Braudel, «las debilidades de la escuela: los males que habían de llevarla al caos en que hoy se encuentra, incapaz de resistir a la tentación de seguir todos los encantamientos que le salen al paso».

Todos sentimos, y es fuerza reconocerlo con una mínima hidalguía, las lagunas de nuestra propia formación individual. Hemos salido del campo de las Humanidades, para que nuestra época nos enfrentara —lo deseemos o no lo deseemos— con una Historia de tendencias matemáticas.

La graciosa anécdota narrada por Jean-François Bergier de la venta de su regla de cálculo al finalizar sus estudios secundarios, esperando deshacerse de ella para siempre, y que al dedicarse posteriormente a la Historia Económica se vio obligado a volver a comprar, es bien ilustrativa.<sup>8</sup>

Existe también el enfoque necesario de la economía en su sentido global, pero situado este enfoque no en el pasado —de una manera genérica— sino en cada pasado. Las características de la economía del siglo XVI no se pueden medir con las del siglo XX. Todos los parámetros, todos los ritmos son diferentes. Fontana afirma que la mayor parte de los seguidores de la escuela de los *Annales*, aunque cultivan la Historia Económica «no hacen ningún esfuerzo para tratar de familiarizarse con los rudimentos más elementales de la teoría económica». Agregaríamos, por nuestra parte, que conocemos casos bien pintorescos de algunos de esos seguidores. «Descubriendo» América, llegó a nuestros archivos uno de ellos, con fabulosos esquemas y modas europeas. Había que seguir y cultivar ciertas panaceas que, aunque ya no estaban tan nuevas, parecían atractivas todavía. La historieta se remonta a 1957.

Era necesario, a toda costa, hacer historia de los precios. Ella permitía auscultar todo, como si Chile, Perú o México en el siglo XVIII hubieran estado realizando la Revolución Industrial inglesa. Otro seguidor de la misma escuela se sorprendió altamente cuando supo que los precios del ganado introducido por los españoles en el Nuevo Mundo tenía tendencia a la baja durante el siglo XVI, tendencia muy lógica en la medida que su reproducción aumentaba. Esta tendencia resulta normal en economías de fundación. En este caso, él extrapolaba la tendencia alcista europea de esa centuria a todo el mundo. El inocente y mecánico transplante del ego-

---

8. Jean-François Bergier, *Histoire et Mathématiques. Nouvelles tendances en Histoire Économique*, en *Diogene*, 58, 1967.

centrismo europeo denota una incapacidad de comprensión de otras realidades diferentes pero simultáneas en el tiempo, incapacidad de comprensión impropia de un verdadero historiador. Estos espejismos han conformado la historiografía europea durante largo tiempo y han repercutido también en América. Por desdicha, es demasiado fácil copiar esquemas ajenos sin sentido crítico, y hacer trabajos a «nivel francés», con ideas importadas en una realidad americana que se torna irreal de ese modo. No podríamos imaginar a Labrousse aplicando sus métodos y su construcción teórica a la América del siglo XVIII. En estos respectos, creemos que no vale la pena dar precisiones bibliográficas y preferimos excusarnos por no hacerlo.

El desarrollo económico no es paralelo en todo el mundo, y ello relativiza la validez de las formas de análisis, de los métodos aplicables, de la problemática en uso. Además, las realidades tienen sus propias estructuras internas, que aconsejan ser tenidas en cuenta.

Otro caso, y éste prefiero individualizarlo. Y prefiero también hablar en singular, abandonando momentáneamente el plural académico, como una manera de asumir mayor responsabilidad de mis propias palabras. Actualmente está tan de moda la «historia cuantitativa» que no se cuantifica para hacer historia de base, sino porque se quiere transformarnos en esclavos de las cifras por sí mismas. Para muchos investigadores cuantificar parece no ser un simple método auxiliar, sino una finalidad, la historia en sí. Fontana alude a Le Roy Ladurie y a su artículo «Du côté de l'ordinateur: la révolution quantitative en histoire», que enfocaré en consonancia con él, pero con otros matices adicionales. Hace ya varios años que he venido comentando con mis alumnos la posición de Le Roy en este «territorio del historiador». En los europeos, incluidos los franceses, que perdieron la dirección de los asuntos mundiales hace mucho y largo tiempo, ha surgido un complejo de inferioridad enorme frente a los norteamericanos. La avanzada tecnología de éstos parece aplastarlos. El *desafío americano*, como le llaman, está —en su pensamiento— en todos los terrenos. No quiero referirme en esta oportunidad a la obra de la *New Economic History*, porque ella merecería un artículo aparte, sino sólo a la posición de Le Roy.

En el artículo mencionado, que encabeza su libro *Le territoire de l'historien*<sup>9</sup> y que fue publicado inicialmente en el semanario *Le Nouvel Observateur* en mayo de 1968, hay una afirmación que verdaderamente invita a la sonrisa. Refiriéndose al uso de la informática en historia nos habla del *computador-historiógrafo* (ordinateur-historiographe) y de la *historia-máquina* (histoire-machine). Para un semanario, que muere cada siete días, no era demasiado grave, pero incorporado a un libro de tesis, semejantes afirmaciones implican una responsabilidad intelectual reafirmada y definitiva.

---

9. Emmanuel Le Roy Ladurie, *Le territoire de l'historien*, Gallimard, París, 1973.

El párrafo final del artículo vale la pena transcribirlo completo, ya que es de una ingenuidad —o bien de una banalidad— exquisita, escrito para un público también ingenuo o banal. Dice a la letra: «¿Es necesario agregar, sin querer sacrificarse al vocabulario de moda, que hay en este dominio también, un «desafío americano»? Durante veinte o treinta años, la escuela histórica francesa ha vivido, admirablemente, de la herencia de los padres fundadores, Lucien Febvre y Marc Bloch. Y al menos, en el dominio de la historia social, económica y cuantitativa, esta escuela ha constituido, para los historiadores de otros países, el grupo de avanzada y de vanguardia. La revolución tecnológica que vivimos amenaza cambiar todo esto. En los Estados Unidos, cada universidad un poco importante posee ya su centro de informática y los jóvenes *graduates* se habitúan, como algo normal, a utilizar el nuevo instrumental, desde su primer trabajo de historiador, investigación, artículo o tesis de *Ph. D.* Estos jóvenes están en la informática como peces en el agua. En Francia también se impone un pronóstico, en lo que concierne a la historia cuantitativa tal como ella será practicada en los años 1980: en este dominio al menos, el historiador de mañana será programador o dejará de serlo».<sup>10</sup>

¡Pobre Marc Bloch! ¿Qué diría de tales seguidores?

Reflexionemos. Primera cosa: el *desafío americano*, tal como Le Roy cree verlo, no existe de esa manera exagerada. Cada estudiante de historia de las universidades norteamericanas que nada en la informática como un pez en el agua, aún mucho después de la fecha en que Le Roy publicó su artículo, no es sino una excepción y la mayor parte de ellos no han oído siquiera hablar de historia cuantitativa, y además su concepción de la historia —por lo general— es bien poco profunda. Si usa la «*histoire-machine*», el «*ordinateur-historiographe*», lo hace con una problemática muy limitada y una cierta ingenuidad.

Esta afirmación final del artículo, si es en serio, de que en los años 1980 el historiador cuantitativo (y me pregunto si existe el historiador cuantitativo) deberá ser programador o no será más historiador, resulta altamente peligrosa.

Desde luego, hablar de historia cuantitativa, reconozco que es una moda hartamente generalizada, pero que desvirtúa la noción de historia al definirla por sus métodos y no por el contenido. Se podría hablar igualmente de historia-computacional o de historia-informática. Como términos rebuscados serían mucho más exitosos probablemente para los que lograran ponerlos en boga.

Por otra parte, hablar del historiador-programador muestra, como dice Fontana, «la confusión entre las funciones técnicas y auxiliares del programador y la reflexión teórica del científico que ha de someter al computador un problema previamente meditado y preparado». Creo además que en lugar del historiador-programador con que sueña Le Roy, ya han

---

10. Le Roy, ob. cit., p. 14.

surgido programadores especializados en Ciencias Sociales, capaces de aliviar las angustias de los pobres historiadores agobiados por la revolución tecnológica.

Finalmente, el «profético» artículo publicado en 1968, ha llegado a la realidad de los 1980. ¿Pensará todavía lo mismo su autor, ya cumplida la fecha de la predicción? ¿Pensará que desde ahora hay ya muchos historiadores no-programadores que podrían estar descalificados por sus palabras de doce años atrás, incluidos sus propios maestros?

Hay distancias y distancias, y también fronteras y fronteras. Había ya escrito estas líneas cuando llegó a mis manos *Le Nouvel Observateur* n.º 791, de comienzos de enero de este año de 1980. Tres artículos para festejar el cincuentenario de la escuela de los *Annales*. Se habla allí del balance de esta «nueva historia». (Habría que recordar que en 1960, en la reunión en la Universidad de Purdue fue acuñado el nombre de la «New Economic History»). Tres artículos para el festejo cincuentenario. Uno de ellos de Le Roy Ladurie. Al cabo de doce años sus opiniones han devenido muchísimo más prudentes:

«Los mismos historiadores (se refiere a la “doble órbita de los *Annales* y del Instituto Nacional de Estudios Demográficos”) han celebrado igualmente un culto de lo cuantitativo, incluso del computador. Estas tendencias son legítimas: muchas afirmaciones en historia exigen (para ser probadas) ser sostenidas por un recuento de frecuencia y de representatividad. Sin embargo, el cuantitativismo y la informática a todo precio exponían al fin de hacer caer la historia en una tecnocracia sin entrañas. De este punto de vista, el decenio posterior a mayo de 1968 ha estado marcado por ciertas reacciones a menudo positivas.<sup>11</sup>»

Nos alegramos de ello. No hay que sacrificarse a las modas. Y es una hidalguía el reconocerlo. Parece ser que la «histoire-machine» se terminó, por fortuna, para los que somos historiadores pero no programadores.

Sin toda la renovación que ha provocado e impulsado la escuela de los *Annales* en la actual historiografía, es seguro que no se habrían alcanzado los niveles contemporáneos de la disciplina. Con respecto a sus defectos o con respecto a la Historia de América, nos asiste el sano derecho intelectual de crítica, de ser disidentes.<sup>12</sup> En el terreno de la Historia de Amé-

---

11. E. Le Roy Ladurie, *Les mousquetaires de la nouvelle histoire*, *Le Nouvel Observateur*, 791, enero 1980, p. 61.

12. Conservo para el resto de mi vida un recuerdo muy grato del Seminario del Maestro Braudel en la *Ecole* en París durante el año académico 1960-1961. Cada uno de los participantes en el Seminario, bien variado en nacionalidades, era designado por el nombre de su país en el momento en que se le requería su opinión sobre tal o cual asunto. En mi caso, durante el andar del Seminario, poco a poco dejé de ser el Chile a secas, para transformarme en «le Chili, toujours dissident». Es un deber precisar que mis disidencias se producían sólo cuando se tocaban problemas americanos. Aprendí mucho con el Maître Braudel. Confieso que guardo preciosamente la segunda edición de *La Méditerranée*, que tuvo la gentileza de enviarme con una afable dedicatoria (que contiene un pequeño y humano secreto compartido por ambos), dedicatoria que me enorgullece. Debo decir y lo hago con mucho placer, que como muchos otros historiadores, tengo mi propia y



rica, recibamos lo bueno y valedero, sin dejarnos seducir por ciertas pseudo-espectacularidades y rumbos en apariencia novedosos. Aprovechemos lo mejor de ella en nuestro trabajo, sin perder la necesaria autonomía.

Las digresiones nos han resultado bien dilatadas, pero el título de este comentario lo hemos puesto deliberadamente. Nuestro deseo de situar el libro de Izard en un contexto histórico, de vertebrarlo dentro de ese contexto, nos ha obligado a referencias más generales, sin las cuales su comprensión no sería integral.

Ya hemos mencionado que el libro está encabezado por un reflexivo *Prólogo* de Sergio Bagú, el prestigioso historiador argentino, cuyas preocupaciones tempranas sobre la historia social y económica americana le confieren el carácter de pionero en el oficio. Es una presentación calurosa y entusiasta. Coincidimos con su autorizada opinión. Vamos ahora al libro.

Izard centra su investigación en el período 1777-1830, que estima una «etapa de transición y crecimiento, entre el estancamiento y el estancamiento», lapso cronológico que la historia tradicional ha parcelado de manera arbitraria, basada más bien en el acontecer político y sin buscar la continuidad de los hechos económicos. Su propósito es llenar este vacío, restablecer esta continuidad de fondo, que es una clave explicativa de los veinte años comprendidos entre 1810 y 1830, «fundamentales para una mejor comprensión de la historia total de Venezuela».

Para ello, comienza señalando los diversos jalones correspondientes al período de su estudio. El título de la parte inicial es precisamente *Las etapas*.

La primera de ellas es «Crecimiento económico y reformismo borbónico (1777-1797)».

¡Séanos permitido —una vez más— un pequeño paréntesis. Estamos tratando de ubicar el libro de Izard en un marco de nivel americano, mucho más allá del simplemente venezolano, que es el encuadre de su libro, pues su autor tiene plena conciencia de las diversidades provinciales de la América española.

Este paréntesis se refiere al contrapunto que establece el economista brasileño Celso Furtado entre los modelos de colonización español y portugués.

Furtado habla de «la gran empresa militar-minera española»,<sup>13</sup> es decir, una caracterización de todo el movimiento expansivo y de implantación hispano, como si éste hubiera sido su rasgo único. Para él, este aspecto dominante configura todo el carácter de la economía de la América española, que deriva en minera. En cambio, el Brasil deviene en una economía agraria, basada —por varias circunstancias, que explica muy inteligentemente— en el cultivo y producción de la caña de azúcar destinada al abastecimiento del mercado europeo.

---

personal deuda de formación y de horizontes con la escuela de los *Annales*. Fue ése un buen año en París: una experiencia para toda la vida. Braudel y también muchos otros.

13. Celso Furtado, *Formación económica del Brasil*, F.C.E., México, 1962.

Es evidente que en la América española de la primera mitad del siglo XVI no está todavía plasmada la minería en tanto verdadera empresa minera desde el punto de vista económico. Es el período del pillaje de los metales preciosos acumulados por los indígenas antes de la llegada de los españoles. Complementaria de este pillaje es la desmesurada actividad de la búsqueda de oro en ese lapso en las arenas auríferas de los ríos, lapso de minería superficial, que no se impone cuantitativamente dentro de la producción metalífera total más allá de 1560, en su expresión en valor.<sup>14</sup>

El surgimiento de la minería de la plata en gran escala, con explotación de capas subterráneas y a base de socavones y galerías, comienza aproximadamente en México y Perú hacia 1545, fecha en que las conquistas principales ya habían sido terminadas. Durante el ciclo del oro los conquistadoras utilizaron abundantemente la mano de obra de sus encomiendas y también indios esclavos. Para la extracción de la plata en profundidad, la encomienda se reveló insuficiente con mucha rapidez, incrementada esta circunstancia por la creciente catástrofe demográfica indígena a lo largo de todo el siglo XVI. Con ello se terminó la época de los conquistadores, que paulatinamente fueron reemplazados por los empresarios mineros. Estos últimos encontraron otros procedimientos diferentes de provisión de mano de obra: la mita, conscripción forzada temporal y rotativa, dentro del mundo andino, y régimen salarial más liberalizado —para atraer trabajadores— en México.

En otro de sus libros, Furtado<sup>15</sup> insiste con mayor vigor en la supremacía de la minería en la América española. El factor tiempo-distancia explicado por Pierre Chaunu para una época en que los sistemas marítimos de transporte se financiaban solamente con cargamentos de alto valor intrínseco, explica mucho mejor un elemento selectivo en favor de los metales preciosos sobre los productos coloniales que los acompañaban en el movimiento de exportación. Pero la América hispana es, durante todo el período de dominación imperial, un mundo fundamentalmente agrario y pensamos que la interpretación de Furtado resulta demasiado esquemática.

Si a pesar de todo pudiera haber todavía alguna confusión en referencia con las regiones de gran producción minera, sin embargo, con Venezuela no hay duda que se trata de un ámbito rural y agrario. En su territorio las explotaciones mineras fueron mínimas y de muy escasa rentabilidad. La agricultura y la ganadería constituyeron la base de su economía. Agricultura especializada en el «casi monocultivo cacaotero».

El siglo XVIII, centuria de grandes cambios en todos los órdenes materiales y espirituales, también se manifestó en la América española. En muchas regiones hubo un crecimiento económico bien manifiesto, comandado por el incremento de la demanda europea. Numerosos trabajos recién-

---

14. Alvaro Jara, *Tres ensayos sobre economía minera hispanoamericana*, U. de Chile, Santiago, 1966.

15. Celso Furtado, *La economía Latinoamericana. Una síntesis desde la conquista ibérica hasta la revolución cubana*. Editorial Universitaria, Santiago, 1969.

tes insisten en el hecho de que el desarrollo de la periferia peninsular fue la causa de la liberalización y del incremento del comercio colonial, en el cual la participación del resto de Europa era cada vez mayor.<sup>16</sup> Hay que destacar, además, que el perfeccionamiento técnico de la industria de construcción naval permitió el aumento de los intercambios, contribuyendo a modificar las características del tráfico americano.

Los productos no metalíferos pudieron encontrar una mayor cabida en las cargazonas y competir en mejores condiciones en el mercado ultramarino, aunque siempre, como lo demuestra García-Baquero,<sup>17</sup> el oro y la plata mantuvieron la supremacía en valor en el volumen de las exportaciones.

Izard describe esta etapa (1777-1797) no sólo de expansión de la producción de cacao, sino también de diversificación, añadiendo otros cultivos: añil, algodón, café, azúcar. Fue la respuesta activa de los productores venezolanos «a un incremento de la demanda europea de frutos y materias primas tropicales». Se había pasado del estancamiento a un período de franco ascenso. Si se examina el gráfico de página 67 de su libro, éste es bien demostrativo del crecimiento de las exportaciones venezolanas de cacao durante el siglo XVIII.

A la segunda etapa la denomina «La crisis del cambio de siglo (1797-1810)». Es el período de guerra entre España e Inglaterra, que entorpece gravemente las relaciones comerciales de la metrópoli con sus colonias americanas. Venezuela, como las otras regiones del Imperio, debía sufrir todos los inconvenientes que resultaban de estar adscrita, sin quererlo, a una nación con una política internacional ajena a sus propios intereses. Esta satelización forzada fue una molesta característica y muy preponderante para todo el conglomerado que integraba el Imperio. Los continuos años de guerra entre las potencias de Europa occidental deprimían las economías americanas tanto por el aumento de los gastos de defensa como por la falta de tranquilidad ordinaria. El cambio de siglo, que revolucionó profundamente a Europa, provocó también transformaciones definitivas en la estructura colonial americana.

La siguiente etapa, «Una guerra devastadora (1810-1823)», propone en este intento de periodización, caracterizar el momento crítico en que por ausencia de la monarquía borbónica, reemplazada por los bonapartistas, los grandes propietarios venezolanos temieron cambios sociales y económicos «que limitaran sus privilegios o incluso que desencadenaran la eliminación de su modo de producción, basado en el latifundio y en la utilización de una mano de obra más o menos esclava. Posteriormente, la desacertada actuación de la Regencia de Cádiz y el que los realistas venezolanos agruparan

---

16. Josep Fontana, *La quiebra de la monarquía absoluta 1814-1820*. Ed. Ariel, Barcelona, 1978. En especial, Cap. II.

17. Antonio García-Baquero, *Cádiz y el Atlántico (1717-1778)*. (*El comercio colonial español bajo el monopolio gaditano*). E.E.H.A., 2 vols., Sevilla, 1976.

en su bando a los pardos en su enfrentamiento con el mantuanaje, desencadenó una guerra civil llamada de la Independencia.»

Fueron años de guerra interna, terrible y cruel, que involucró también a Colombia. Detrás del juego de ruptura colonial estaban Inglaterra y Estados Unidos. La vida diaria se había hecho difícil. Provincias enteras devastadas, familias desaparecidas, alzas de precios en las subsistencias, especulación en todos los órdenes, la vida económica desarticulada. Una herencia dolorosa, agudizada aún más por la crisis mundial de 1823 «que hizo caer los precios de los productos coloniales».

El empobrecimiento completo y general fue el resultado de esos años de guerra.

«Unión y disgregación (1823-1830) es el último ciclo del capítulo, ciclo cronológico en que culmina el proceso de desintegración de la Gran Colombia.

La influencia y el estilo de las nuevas tendencias históricas se percibe en la organización temática. De «Las etapas» se pasa a «Los actores», a «Las actividades», para seguir con «Los intercambios», «Las rentas» y «Las relaciones». Al término de estas páginas veremos las conclusiones.

La tierra con los hombres: estructuras sociales y económicas en un medio agrario y señorial. Utilizando los datos de Brito,<sup>18</sup> nos presenta el cuadro de la distribución de la propiedad cacaotera hacia 1745 en la provincia de Caracas. Es asombroso que de un total de 438 propietarios, 49 poseían el 44,6 % del área de cultivo y del número de árboles de cacao. De estos mismos, apenas 13 detentaban casi el 23 % del área de cultivo y de los árboles. Acompañando a la expansión económica del siglo XVIII, se produjo un proceso paralelo de una mayor concentración de la propiedad. A comienzos de la centuria siguiente el número de propietarios descendió de 438 a 160. Los «mantuanos» o «grandes cacaos» (como eran llamados), después de la Independencia continuaron más aceleradamente la acumulación de tierras, favorecidos por varias leyes sucesivas, que permitían la enajenación de las de los indígenas y las baldías.

El comercio, a su vez, estaba controlado en alto porcentaje por los comerciantes españoles, que formaban el grupo de compradores y que adquirirían los frutos de los productores para su exportación. Una relación de mercaderes de 1802 menciona noventa y cuatro individuos en esa actividad. De ellos noventa eran «españoles europeos» y sólo cuatro criollos. La capacidad de dictar las normas de las transacciones estaba firme en sus manos. La imposición de precios bajos por ellos le resultaba catastrófica a los productores venezolanos de frutos coloniales.

La estimación del total de habitantes al comenzar el siglo XIX alcanzaba a 800.000, de los cuales más de la mitad estaba constituida por las castas, de complicada clasificación, pero siempre de muy bajo ingreso y escasa consideración en la escala de valores sociales vigente.

---

18. Federico Brito Figueroa, *La estructura económica de Venezuela colonial*. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1963.

Dentro del tipo de economía tropical de plantación, la esclavitud negra aparecía como una institución de gran relieve numérico en el total de la población. Esta masa se había formado gracias a una corriente continua de la trata negrera, la cual proveyó durante el siglo XVIII a Venezuela con casi la cuarta parte de la masa de esclavos negros llegados a la América española.

Rosenblat<sup>19</sup> sigue los datos de Humboldt para cuantificar los negros, esclavos o libres. Desgraciadamente allí Venezuela no está individualizada, sino englobada en el continente. Hacia 1825 los estima en 62.000.

En cambio, a base de diversas fuentes, Izard fija para 1796 el número de esclavos en 100.000. En 1800, según un autor eran 87.800 y según un viajero coetáneo la cifra ascendía a 218.400. Los cálculos de estas fuentes oscilan en porcentajes de los esclavos en relación con el total de la población de Venezuela en índices que van del 6 al 10 %, salvo el viajero Depons, que llega al 30 %.

Todas las fuentes asignan a los indios un porcentaje superior al 10 %, llegando algunas hasta el 28 y el 34 %.

A su vez, los blancos americanos y españoles no sobrepasaban el 20 %. Era, pues, una sociedad altamente estratificada, en que el 80 % de la población estaba compuesta por las castas, los indígenas y los esclavos.

Esa población es la que Izard denomina los actores, los que serán los protagonistas del inmenso drama de la guerra civil, la cual, agregada a otros factores (terremoto, pestes, persecuciones, ejecuciones), provocó en pocos años la pérdida de casi un tercio del total de los 800.000 habitantes venezolanos.

Si volvemos a los problemas del comercio interior y exterior, vitales para una agricultura de plantación de tipo tropical, el autor nos explica los frenos a su desarrollo impuestos por el marco colonial, que revestían variados matices, algunos de los cuales presentan semejanza con los de otras regiones del Imperio.

Uno de ellos. La monarquía española se caracterizó por una tendencia a la máxima extracción de cargas tributarias y excedentes de sus colonias, pero sin una verdadera racionalidad, que si hubiese existido, su acción habría aumentado el buen funcionamiento de las economías y, por ende, los propios beneficios de ella. En un continente (o casi dos), compuesto de tan vastos territorios, un elemento decisivo para la positiva marcha de estas economías estaba representado por vías de comunicación y de transporte eficientes. Sin embargo, y el hecho es general para la América española, Venezuela adolecía de falta de caminos carreteros y de sistema de transportes. Sólo las rutas naturales, los ríos navegables, servían para la remisión de productos de la agricultura, lo que privilegiaba a aquellos que tenían sus explotaciones en las cercanías de éstos y limitaba las posibilidades de los que estaban en posiciones más alejadas.

---

19. Angel Rosenblat, *La población indígena y el mestizaje en América*, 2 vols., Ed. Nova, Buenos Aires, 1954.

La falta de inversión pública en la infraestructura es palpable no solamente en Venezuela. En la Nueva España, en períodos de escaseces, el maíz podía ver duplicado su precio por el transporte a medianas distancias, y a largas, el impedimento era total, debido al recargo excesivo de los fletes. Los martirios de la saca de la plata del complejo potosino hasta el mar nos dan otra prueba regional de esta ausencia de una indispensable infraestructura. La llama en el mundo andino, y más corrientemente la mula, constituía el símbolo del atraso de los transportes en el Imperio. Si una de las riquezas de los Llanos venezolanos era la crianza de mulas, también lo era para la región de Salta, en el norte argentino, en relación con las faenas de aprovisionamiento y del transporte de plata en Potosí.

Únicamente rutas muy importantes, como México-Veracruz, Santiago-Valparaíso, o bien otras donde la geografía lo permitía en forma natural, como el caso de la derrota Córdoba-Buenos Aires (pertrechada con las carretas tucumanas para la travesía de la pampa), contaron con caminos de carretas, que aumentaban netamente la capacidad de carga. Las décadas finales del siglo XVIII traerían algunas modificaciones al estilo y a la larga herencia de un pasado que ya estaba por desvanecerse en esos momentos.

En cuanto a los transportes, hay que reconocer que la incapacidad española para crearlos en sus colonias, también afectó seriamente a la propia metrópoli.<sup>20</sup> No hay duda que uno de los impedimentos al desarrollo de un auténtico plan de vías de comunicación y de transportes a nivel general tuvo su origen en el elevado costo de la política imperial, siempre sometida a las más terribles urgencias presupuestarias, las cuales desplazaban y posponían las verdaderas y racionales prioridades.

Otro freno al comercio de exportación venezolano. Los variados derechos y gravámenes impuestos por la Corona a los productos, en función del incremento de la Real Hacienda, perenne preocupación fiscal.

Izard sigue señalando. Los altos costos de los fletes y de los seguros en las naves españolas recargaban los productos coloniales, que llegaban al bastante limitado y estrecho mercado metropolitano a muchos mayores precios, con lo que se reducían sus posibilidades de comercialización.

Por otra parte, los excedentes de estos productos no comercializables en España, sufrían nuevos gravámenes en el caso de su reexportación al resto de Europa, gravámenes que aumentaban su valor y entorpecían su concurrencia en esos mercados, ya bien abastecidos por otras potencias coloniales más ágiles.

Aproximadamente el 20 % de la producción agropecuaria venezolana se enviaba a Nueva España, Canarias y España. Las medidas de liberalización del comercio colonial e intercolonial en los últimos decenios del siglo XVIII, modificaron las estructuras de los intercambios, al mismo tiempo que incentivaron el crecimiento de algunos cultivos de exportación.

---

20. Véase David R. Ringrose, *Los transportes y el estancamiento económico de España (1750-1850)*, Tecnos, Madrid, 1972.

Parte del circuito comercial venezolano experimentó transformaciones. Cesaron los envíos del cacao a Nueva España debido a la aparición de un tráfico triangular: España-Veracruz-La Guaira-España. Esta nueva sujeción unilateral y casi exclusiva al mercado metropolitano tendió a acentuar la dependencia.

Los años de guerra, fruto de las disputas internacionales en que España estaba constantemente involucrada por sus intereses imperiales, años que fueron muy numerosos en este período, afectaban las exportaciones de los productos agrícolas,<sup>21</sup> salvo cuando se autorizaba el comercio con los neutrales, pues la capacidad ofensiva de la marina española era de todo punto insuficiente para la protección de las líneas transatlánticas de navegación.

Al mismo tiempo, la forzosa aceptación de la metrópoli del comercio con los neutrales debilitó cada vez más las barreras impuestas por su monopolio, y «permitió realizar considerables intercambios con los Estados Unidos y con las colonias danesas, holandesas y francesas». Entre 1795 y 1801 la exportación de Estados Unidos hacia la América española pasó del 2,1 % al 13,1 % y la importación del 2,8 % al 24,5 %, todas estas cifras dentro del volumen global del comercio norteamericano.

La conquista de Trinidad por los ingleses en 1797, engrosó aún más los índices del contrabando.

Esta destrucción paulatina de los muros del monopolio español fue preparando la coyuntura política de 1810.

No es posible abordar todos los pormenores del libro, muy rico en información indispensable para la comprensión cabal del proceso venezolano. La piedra angular de la explicación está formada por la tesis de que la guerra de independencia «no fue una guerra entre venezolanos y españoles —estos últimos no tuvieron una actuación decisiva hasta abril de 1815, con la llegada del ejército expedicionario de Morillo—, sino una guerra civil,<sup>22</sup> en que la mayor parte de los contendientes eran oriundos de la misma Colonia», en la cual, además, «los enfrentamientos de clases y de castas se desataron y desorbitaron durante la guerra civil».

Esto era una consecuencia natural de los profundos y fuertes desvíes sociales y económicos peculiares de la estructura venezolana. Por lo demás, estos rasgos se presentaban —aunque con variantes regionales— en el resto de la América española. Y es en esa dimensión en que es preciso encuadrar el libro de Izard.

El grupo de los mantuanos o grandes cacaos vio todo el proceso con el temor de que éste pudiera desembocar en transformaciones económicas y sociales desfavorables a sus intereses. Por eso, mantuvieron el con-

---

21. Paul Mantoux, *La Revolución industrial en el siglo XVIII*, Aguilar, Madrid, 1962, nos muestra las profundas caídas del comercio británico en los períodos bélicos, pese a que Inglaterra era la primera potencia marítima. El gráfico de Mantoux (p. 83) es altamente significativo.

22. El subrayado es nuestro.

trol y «volvieron a ocupar lugares clave a partir del asentamiento de Bolívar en la Guayana e impidieron que el movimiento independentista sobrepasara el marco puramente político».

Continúa Izard: «Consolidada la secesión de la Metrópoli, mientras el comercio mundial, en el que la Gran Bretaña ocupaba un lugar preponderante, seguía progresando por los cauces trazados por el capitalismo, Venezuela seguía estancada en unas relaciones de producción esclavistas o casi feudales, en un modo de producción de antiguo régimen y en una estructuración de la propiedad de tipo latifundista. Para un progreso efectivo de la agricultura hubieran sido necesarios unos cambios revolucionarios que los dirigentes del movimiento no podían llevar a cabo.»

El largo período de perturbaciones bélicas y políticas, que termina en 1830, acarreó a Venezuela la destrucción parcial de su agricultura, bien perceptible en un fuerte descenso de la productividad. Perdido el mercado español, gran consumidor de cacao, las plantaciones bajaron de 16 millones de árboles en 1810 a 8 millones en 1840.

Durante la década de 1830 a 1840, el café comenzó a desplazar al cacao, debido al aumento del consumo mundial del primero.<sup>23</sup>

En sus *Conclusiones: de la dependencia a la dependencia*, Izard resume los resultados de su estudio en afirmaciones notables y atractivas. En su opinión, terminada la guerra, quedó restablecida la situación anterior a la de 1810 y el grupo de los grandes propietarios, conquistado el poder político, rechazó toda reforma social y «estructuró una república de acuerdo con sus intereses».

Y en el campo internacional, estos mismos «grandes propietarios, por su parte, dejaron de depender comercialmente de una débil Metrópoli para hacerlo de los Estados Unidos y de las grandes potencias económicas de Europa, en unas condiciones peores a las de la época colonial y con la agravante de que en repetidos casos las coerciones no serían puramente económicas...»

Las graves derivaciones para el futuro del país que tuvo el rumbo adoptado, justifica —en el convencimiento del autor— el título de esas conclusiones. La independencia de Venezuela fue el paso de una dependencia a otra dependencia.

Es un libro persuasivo, terminante, que encierra —para muchos— una áspera lección.

En nuestro comentario sólo hemos querido señalar algunos de sus rasgos y aportaciones más descollantes, conjuntamente con ciertas particulares incidencias en el hacer actual de la Historia Económica. Preocupaciones recientes, renovación, nuevos horizontes, historia no tradicional.

Son los avances de una ciencia que marcha con su tiempo.

---

23. Una amena reseña de la entrada del café en el mundo moderno, en Fernand Braudel, *Civilisation matérielle et capitalisme*. A. Colin, Paris, 1967, pp. 192-196.